

Capítulo 1

Cornualles, agosto de 1933

Llovía a cántaros y tenía el dobladillo del vestido salpicado de barro. Tendría que esconderlo más adelante; nadie debía saber que había salido.

Las nubes cubrían la luna, un golpe de suerte que no merecía, y se abrió camino a través de la noche densa y oscura tan rápido como pudo. Había venido antes a cavar el hoyo, pero hasta ahora, al amparo de la oscuridad, no terminaría el trabajo. La lluvia punteaba la superficie del arroyo de truchas, repiqueteaba sin cesar en la tierra a su alrededor. Algo salió corriendo de entre los helechos, muy cerca, pero no se sobresaltó, no se detuvo. Llevaba toda la vida entrando y saliendo del bosque y conocía el camino de memoria.

Cuando sucedió, había considerado confesar, y quizá, al principio, lo habría hecho. Sin embargo había perdido la oportunidad y ahora era demasiado tarde. Habían sucedido demasiadas cosas: las partidas de búsqueda, los policías, los artículos en los periódicos que solicitaban información. No había nadie a quien pudiera contárselo, no había forma de arreglarlo, no había posibilidad alguna de que la perdonaran. La única opción que le quedaba era enterrar las pruebas.

Llegó al lugar que había escogido. La bolsa, con la caja dentro, era sorprendentemente pesada y fue un alivio soltar-

EL ÚLTIMO ADIÓS

la. Apoyada sobre manos y rodillas, retiró el camuflaje de helechos y ramas. El olor a tierra mojada, a ratón de campo y setas, a otras cosas que se estaban pudriendo era abrumador. Una vez su padre le había dicho que por aquellos bosques habían caminado las generaciones pasadas y habían quedado sepultadas bajo la espesa tierra. A su padre le alegraba, lo había notado, pensar de esa manera. Hallaba consuelo en la continuidad de la naturaleza, en la creencia de que la estabilidad del larguísimo pasado tenía el poder de aliviar los problemas actuales. Y tal vez, en algunos casos, así fuera, pero no en esta ocasión, no estos problemas.

Metió la bolsa en el agujero y durante una fracción de segundo la luna pareció asomarse desde detrás de una nube. Las lágrimas amenazaron con brotar mientras se limpiaba el polvo, pero las contuvo. Llorar, allí y en ese momento, era un lujo que no podía permitirse. Aplanó el suelo golpeándolo con las manos y pisoteándolo con las botas hasta que se quedó sin aliento.

Ya estaba. Lo había hecho.

Se le ocurrió que debería decir algo antes de abandonar aquel lugar solitario. Algo acerca de la muerte de la inocencia, el intenso remordimiento que siempre la perseguiría; pero no lo hizo. La tentación la avergonzó.

Volvió de prisa a través del bosque, con cuidado de evitar el cobertizo de las barcas y sus recuerdos. Cuando llegó a la casa estaba amaneciendo; la lluvia era ligera. El agua del lago lamía las orillas y el último de los ruiseñores cantaba su despedida. Las currucas y los sílvidos se estaban despertando, y a lo lejos relinchó un caballo. No lo sabía entonces, pero jamás se libraría de ellos, de aquellos sonidos; la acecharían desde este lugar, desde este momento, invadiendo sus sueños y pesadillas, recordándole sin cesar lo que había hecho.

Capítulo 2

Cornualles, 23 de junio de 1933

La mejor vista del lago era la de la habitación morada, pero Alice decidió conformarse con la ventana del cuarto de baño. El señor Llewellyn todavía estaba con su caballete junto al arroyo, pero siempre se retiraba temprano a descansar y no quería arriesgarse a encontrarse con él. El anciano era inofensivo, pero excéntrico y necesitado de afecto, sobre todo en los últimos años, y temía que malinterpretara su inesperada presencia en su habitación. Alice arrugó la nariz. Le había tenido mucho cariño antes, cuando era una niña, y él a ella. Ahora, que ya tenía dieciséis años, le resultaba extraño pensar en las historias que le contaba, los pequeños bocetos que le dibujaba y ella atesoraba, el aura de asombro que dejaba tras de sí como una canción... En cualquier caso, el cuarto de baño estaba cerca de la habitación morada y, como solo pasarían unos minutos antes de que madre notara que no había flores en las habitaciones de la primera planta, Alice no podía perder tiempo subiendo escaleras. Mientras un enjambre de criadas blandiendo paños revoloteaba con ímpetu por el salón, se deslizó por la puerta principal y corrió hacia la ventana.

Pero ¿dónde estaba él? Alice sintió que se le encogía el estómago y que le embargaba la desesperanza en solo un ins-

EL ÚLTIMO ADIÓS

tante. Apretó las manos cálidas contra el cristal mientras su mirada recorría la escena: rosas blancas y rosas, de pétalos que resplandecían como si hubieran sido pulidos; preciosos melocotones que se aferraban al muro del jardín; el estanque alargado y plateado que relucía bajo el sol matinal. Toda la propiedad ya había sido arreglada y engalanada hasta alcanzar un estado de perfección inverosímil y, a pesar de ello, el bullicio persistía por doquier.

Los músicos arrastraban sillas doradas sobre el quiosco de música que se había montado para la ocasión y, mientras las camionetas de los proveedores se turnaban para levantar el polvo del camino, la carpa a medio montar se inflaba con la brisa del verano. La única nota discordante en aquel torbellino era la abuela DeShiel, quien permanecía sentada, menuda y encorvada, en el jardín, en la silla de hierro fundido frente a la biblioteca, perdida en sus recuerdos lóbregos y por completo ajena a los faroles de vidrio que estaban colgando en los árboles a su alrededor...

De pronto Alice contuvo el aliento.

Él.

La sonrisa se extendió por su rostro antes de que pudiera evitarlo. Qué alegría, qué alegría deliciosa y estelar descubrirlo en esa pequeña isla en medio del lago, con un leño enorme sobre uno de los hombros. Alzó una mano para saludar, un impulso insensato, pues él no miraba hacia la casa. Y de haberlo hecho no le habría devuelto el saludo. Ambos sabían que no podían cometer ese tipo de descuidos.

Se llevó los dedos al mechón de pelo que siempre le caía suelto junto a la oreja y lo enroscó y desenroscó alrededor de ellos una y otra vez. Le gustaba mirarle así, en secreto. Le hacía sentirse poderosa, no como cuando estaban juntos, cuando le llevaba limonada en el jardín o lograba escabullirse para sorprenderlo mientras trabajaba en los remotos confines de la propiedad; cuando él le preguntaba acerca de su novela, su familia, su vida, y ella le contaba his-

torias y le hacía reír y tenía que contenerse para no extrañarse en el estanque de esos ojos verdes y profundos con reflejos dorados.

Bajo la mirada de Alice, él se inclinó y se tomó un momento para equilibrar el peso del leño antes de colocarlo encima de los otros. Era fuerte y eso estaba bien. Alice no sabía con certeza el motivo, pero le importaba en algún lugar profundo e inexplorado. Le ardían las mejillas; se estaba sonrojando.

Alice Edevane no era tímida. Había conocido a otros muchachos antes. No muchos, era cierto (con excepción de la tradicional fiesta de verano, sus padres eran muy reservados y no solían relacionarse mucho), pero había logrado, en algunas ocasiones, intercambiar palabras furtivas con los chicos del pueblo o los hijos de los arrendatarios, que se calaban las gorras y bajaban la mirada y seguían a sus padres por la propiedad. Esto, sin embargo, esto era... Bueno, esto era *diferente*, y ella sabía que sonaba vertiginoso, a la clase de cosa que diría su hermana mayor Deborah, pero era cierto de todos modos.

Se llamaba Benjamin Munro. Pronunció en silencio las sílabas, Benjamin James Munro, veintiséis años de edad, de Londres. No tenía familiares a su cargo, era un gran trabajador, no era dado a hablar por hablar. Había nacido en Sussex y crecido en el Far East, hijo de arqueólogos. Le gustaban el té verde, el aroma a jazmín y los días calurosos en los que amenazaba la lluvia.

No había sido él quien le había contado todo eso. No era uno de esos hombres presuntuosos que alardeaban de sí mismos y de sus logros como si una muchacha fuera solo una cara bonita con las orejas bien abiertas. En lugar de eso, ella lo había escuchado y observado y, cuando se presentó la oportunidad, entró a hurtadillas en el almacén para consultar el registro de los empleados del jardinero jefe. Alice siempre había disfrutado imaginando que era una in-

EL ÚLTIMO ADIÓS

vestigadora y, cómo no, sujeta tras una página con las minuciosas notas de siembra del señor Harris, encontró la solicitud de empleo de Benjamin Munro. La carta era breve, escrita en una letra que madre habría juzgado deplorable, y Alice escudriñó todo, memorizando los fragmentos importantes, emocionada por la manera en que las palabras daban color y profundidad a la imagen que había creado y guardado para ella misma, como una flor entre dos páginas. Como la flor que él le había regalado el mes pasado. «Mira, Alice — el tallo era verde y frágil en esa mano ancha y poderosa —, la primera gardenia de la estación».

El recuerdo la hizo sonreír y metió la mano en el bolsillo para acariciar la superficie lisa de su cuaderno con tapas de cuero. Era una costumbre que había conservado desde la infancia, que volvía loca a su madre desde que recibió el primer cuaderno en su octavo cumpleaños. ¡Cuánto le había gustado ese librito color avellana! Qué inteligente había sido papá al escogerlo para ella. Él también llevaba un diario, le dijo, con una seriedad que Alice había admirado y agradecido. Escribió su nombre completo (Alice Cecilia Edevane), despacio, bajo la atenta mirada de madre, en la pálida línea sepia del frontispicio, y de inmediato se sintió una persona mucho más real que antes.

Madre se oponía a la costumbre de Alice de acariciar la libreta en el bolsillo porque le daba un aspecto «sospechoso, como si tuvieras malas intenciones», descripción que a Alice no le molestaba en absoluto. La desaprobación de su madre no era más que un aliciente; Alice habría seguido acariciando la libreta como si no notara ese ceño levemente fruncido en el bello rostro de Eleanor Edevane; lo hacía porque su cuaderno era una piedra de toque, un recordatorio de quién era. Era además su confidente más cercano y, como tal, toda una autoridad en Ben Munro.

Había pasado casi un año entero desde que lo vio por primera vez. Llegó a Loanneth el verano de 1932, durante

ese glorioso periodo seco en el que, con toda la emoción de la fiesta de solsticio detrás de ellos, no había nada que hacer salvo entregarse al soporífero calor. Sobre la finca se había posado un espíritu divino de tranquilidad indolente, de modo que incluso madre, embarazada de ocho meses y de un rosado resplandeciente, se desabrochaba los botones de perla de los puños y se subía las mangas de seda hasta los codos.

Alice había estado sentada todo el día en el columpio bajo el sauce, balanceándose despreocupada y reflexionando sobre su Importante Problema. De haber prestado atención, habría notado que los sonidos de la vida familiar la rodeaban: madre y el señor Llewellyn se reían a lo lejos mientras los remos de la barca salpicaban a ritmo perezoso; Clemmie mascullaba entre dientes mientras giraba en círculos por la pradera, con los brazos extendidos como alas; Deborah contaba a Rose, la niñera, todos los escándalos recientes de Londres..., pero Alice continuaba ensimismada y no oía nada salvo el leve zumbido de los insectos del verano.

Llevaba casi una hora en el mismo lugar y ni siquiera había notado la mancha de tinta negra que se extendía desde su nueva pluma estilográfica por el vestido de algodón blanco, cuando él salió de repente de la arboleda oscura a la calzada bañada por el sol. Llevaba una bolsa de lona al hombro y lo que parecía un abrigo en la mano, y caminaba con paso constante, muscular, que hizo que Alice se columpiara más despacio. Observó su marcha, y la cuerda áspera del columpio le rozó la mejilla cuando se estiró para ver desde el otro lado de la rama del sauce llorón.

Por un capricho de la geografía, la gente no llegaba inesperadamente a Loeanneth. La finca se hallaba en una hondonada, rodeada de una densa maraña de bosques, al igual que las casas de los cuentos de hadas. (Y de las pesadillas, aunque por entonces Alice no tenía motivos para pensar algo así). Era su territorio soleado, el hogar durante

EL ÚLTIMO ADIÓS

generaciones de los DeShiel, la casa ancestral de su familia materna. Y, sin embargo, ahí estaba él, un extraño entre ellos, y bastó su presencia para que se rompiera el hechizo de la tarde.

Alice tenía una inclinación natural a entrometerse (la gente llevaba toda la vida diciéndoselo y ella lo tomaba como un cumplido; era un rasgo de su personalidad al que se proponía dar buen uso), pero ese día su interés se debió más a la frustración y a un repentino deseo de distraerse que a la curiosidad. Durante todo el verano había estado trabajando febrilmente en una novela de misterio y pasión, pero hacía tres días se había estancado. Toda la culpa era de su heroína, Laura, quien, tras varios capítulos dedicados a mostrar su rica vida interior, ahora se negaba a cooperar. Enfrentada a un nuevo personaje, un caballero apuesto, alto, de tez oscura, gallardamente llamado lord Hallington, de pronto Laura había perdido todo el ingenio y el valor y se había vuelto francamente aburrida.

Bueno, decidió Alice mientras observaba al joven que recorría el camino de entrada, Laura tendría que esperar. Ahora tenía otros asuntos de los que ocuparse.

Un pequeño arroyo repiqueteaba a lo largo de la propiedad, deleitándose en ese breve respiro soleado antes de volver inexorablemente hacia el bosque, y un puente de piedra, legado de algún tío abuelo lejano, unía ambas riberas permitiendo el acceso a Loemanneth. Cuando el extraño llegó al puente se detuvo. Se giró despacio hacia la dirección desde la que había llegado y pareció estudiar algo que tenía en la mano. ¿Un pedazo de papel? ¿Un efecto de la luz? Algo en la inclinación de la cabeza, su atención constante al denso bosque, denotaba deliberación y Alice entrecerró los ojos. Alice era escritora; comprendía a las personas; reconocía la vulnerabilidad en cuanto la veía. ¿Qué hacía que aquel desconocido se sintiera tan inseguro y por qué? El hombre se volvió una vez más, trazando un círculo com-

pleto, y se llevó una mano a la frente mientras dirigía la mirada hasta la avenida bordeada de cardos donde se encontraba la casa fielmente custodiada por tejos. No se movió, dio la impresión de que ni siquiera respiraba, y entonces, sin que Alice dejara de observarlo, dejó la bolsa y el abrigo, se subió los tirantes a la altura de los hombros y suspiró.

En ese momento Alice experimentó una de sus repentinas certezas. No estaba segura de dónde venían estas revelaciones sobre la mente de otras personas, solo que llegaban de pronto y completamente formadas. A veces, sin más, discernía ciertas cosas. A saber: aquel no era el tipo de lugar al que el desconocido estaba acostumbrado. Pero era un hombre que tenía una cita con el destino y, aunque una parte de él quería dar la vuelta y marcharse de la finca antes siquiera de haber llegado, uno no podía (no debía) dar la espalda a la providencia. Era una suposición embriagadora y Alice se descubrió a sí misma agarrada con más fuerza a la cuerda del columpio, llena de ideas que se daban empujones, atenta al siguiente movimiento del extraño.

Como era de esperar, tras recoger el abrigo y volver a echarse la bolsa al hombro, el desconocido continuó por el camino hacia la casa oculta. Una nueva determinación se había apoderado de él y ahora daría la sensación, a observadores menos perspicaces, de ser decidido, de tener una misión sin complicaciones. Alice se permitió una sonrisa, leve y satisfecha, antes de que una explosión de claridad cegadora casi la derribara de su asiento. En el mismo instante en que reparó en la mancha de tinta de la falda, Alice halló la solución a su Problema Importante. ¡Vaya, si estaba clarísimo! Laura, al lidiar con la llegada de su extraño misterioso, también dotada de una percepción más aguda que la mayoría de las personas, sin duda vislumbraría bajo la fachada del hombre su terrible secreto, su pasado culpable, y le susurraría, en un momento de tranquilidad en que lo tuviera a su merced...

EL ÚLTIMO ADIÓS

—¿Alice?

De vuelta al cuarto de baño de Loeanneth, Alice se sobresaltó y se golpeó la mejilla contra el marco de madera de la ventana.

—¡Alice Edevane! ¿Dónde estás?

Echó un vistazo a la puerta cerrada a su espalda. En torno a ella se extendieron los gratos recuerdos del verano anterior, la embriagadora sensación de enamorarse, los primeros días de su relación con Ben y el arrebatador vínculo con su escritura. El pomo de bronce vibró levemente en respuesta a las rápidas pisadas del pasillo y Alice contuvo el aliento.

Madre había estado nerviosísima toda la semana. Algo típico en ella. No era una anfitriona innata, pero la fiesta de verano era la gran tradición de la familia DeShiel y madre había tenido muchísimo cariño a su padre, Henri, de modo que la fiesta se celebraba cada año en su memoria. Siempre acababa aturdida (era parte de su naturaleza), pero este año era peor que de costumbre.

—Sé que estás ahí, Alice. Deborah te ha visto hace un momento.

Deborah: la hermana mayor, el gran ejemplo, la principal amenaza. Alice apretó los dientes. Como si no fuera suficiente que la afamada y homenajeadá Eleanor Edevane fuera su madre, qué suerte la suya de tener una hermana mayor casi igual de perfecta. Bella, inteligente, comprometida para casarse al acabar la estación... Gracias a Dios Clementine, nacida más tarde, era tan desmañada que incluso Alice no podía evitar parecer un poco normal a su lado.

Mientras madre irrumpía en el salón, con *Edwina* a sus pies, Alice entreabrió la ventana y dejó que la brisa cálida, que olía a hierba fresca recién cortada y a la sal del mar, le bañase el rostro. *Edwina* era la única persona (y era una golden retriever, al fin y al cabo, no una persona de verdad) capaz de enfrentarse a madre cuando se ponía así. Incluso el

pobre papá había huido a la buhardilla horas antes, donde sin duda estaría disfrutando de la compañía silenciosa de su gran obra sobre historia natural. El problema era que Eleanor Edevane era una perfeccionista y hasta el último detalle de la fiesta debía satisfacer sus exigentes normas. Si bien lo ocultaba bajo una capa de obstinada indiferencia, hacía tiempo que a Alice le molestaba no cumplir las expectativas de su madre. Se miraba en el espejo y la desesperaban su cuerpo demasiado alto, su cabello rebelde y color ratón, su preferencia por la compañía de personas imaginarias antes que reales.

Pero eso se había terminado. Alice sonrió mientras Ben echaba otro leño a lo que no tardaría en convertirse en una gigantesca pira. No era encantadora como Deborah, y sin duda nunca la habían inmortalizado, igual que a madre, como protagonista de un libro para niños muy admirado, pero no le importaba. Ella era algo muy diferente. «Eres toda una contadora de historias, Alice Edevane», le había dicho Ben una tarde, mientras el río discurría fresco y las palomas volvían a casa a pernoctar. «No había conocido nunca una persona con tanta imaginación, con tantas buenas ideas». Su voz era delicada y su mirada, intensa; Alice se había visto a sí misma a través de sus ojos y lo que vio le había gustado.

La voz de madre traspasó la puerta del baño, algo sobre las flores, antes de desaparecer a la vuelta de la esquina. «Sí, madre querida», murmuró Alice, con encantadora condescendencia. «No te pongas nerviosa, no vayas luego a hacerte un lío con las bragas». Mencionar la existencia de la ropa interior de Eleanor Edevane era un sacrilegio delicioso y Alice tuvo que apretar los labios para contener la risa.

Con una última mirada hacia el lago, salió del cuarto de baño y corrió de puntillas por el pasillo hasta su dormitorio para coger la preciosa carpeta que guardaba debajo del colchón. Tras lograr no tropezar, a pesar de las prisas, con un

EL ÚLTIMO ADIÓS

mal remiendo de la alfombra roja de Baluch que el bisabuelo Horace había enviado durante sus aventuras en el Oriente Próximo, Alice bajó los escalones de dos en dos, se hizo con una cesta que había en mitad de la mesa y salió de un salto al nuevo día.

* * *

Y había que decir que hacía un día perfecto. Alice no pudo contenerse y recorrió tarareando el sendero de losas. La cesta estaba casi medio llena y ni siquiera se había acercado a los prados de flores silvestres, donde crecían las más bonitas, las inesperadas, y no esas flores domesticadas y vistosas, pero Alice quería tomarse su tiempo. Se había pasado la mañana evitando a su madre, a la espera de la hora del almuerzo del señor Harris, para así poder sorprender a Ben a solas.

La última vez que lo había visto, Ben le había dicho que tenía algo para ella y Alice se había reído. Ben le ofreció esa media sonrisa tan suya, esa que hacía temblar las rodillas de Alice, y le había preguntado: «¿Qué te hace tanta gracia?». Y Alice se irguió cuan alta era y le había dicho que daba la casualidad de que ella también tenía algo para él.

Se detuvo detrás del tejo más alto al final del camino de piedra. Había sido podado con esmero para la fiesta, sus hojas firmes y recién cortadas, y Alice miró a su alrededor. Ben seguía en la isla y el señor Harris estaba al otro extremo del lago ayudando a su hijo Adam a preparar la madera que había que transportar en barca. Pobre Adam. Alice lo observó mientras él se rascaba detrás de la oreja. Había sido el orgullo de su familia, según la señora Stevenson, fuerte y robusto y brillante, hasta que en Passchendaele un trozo de metralla se le incrustó a un lado de la cabeza y lo dejó atontado. La guerra era una cosa horrible, según le gustaba opinar al cocinero, mientras golpeaba con el rodillo un inocente montón de masa sobre la mesa de la

cocina, «que se lleva a un muchacho como ese, tan prometedor, se lo traga entero y escupe un trozo roto y bobalicón».

Lo único bueno, según la señora Stevenson, era que el propio Adam no parecía haber notado el cambio, casi hasta parecía aliviado. «Esa no es la norma», añadía siempre, no fuera a traicionar el profundo pesimismo escocés que llevaba en lo más hondo. «Hay muchos más que regresan y no vuelven a reír jamás».

Fue papá quien insistió en ofrecer empleo a Adam en la finca. «Aquí tiene trabajo de por vida», le oyó decir mientras hablaba con el señor Harris, con la voz aflautada por la intensidad de la emoción. «Ya te lo he dicho antes. Siempre que lo necesite, aquí hay un lugar para el joven Adam».

Alice reparó en un leve zumbido cerca de su oreja izquierda, un ligerísimo soplo de viento contra la mejilla. Miró de reojo la libélula que revoloteaba en su visión periférica. Era de las raras, con las alas amarillas, y Alice sintió el resurgir de una vieja emoción. Se imaginó a papá en su estudio, escondiéndose de madre y sus nervios previos a la fiesta. Si se apresurara, Alice podría atrapar la libélula y llevársela corriendo para su colección, regodearse en el placer que el regalo despertaría y sentir cómo ganaba puestos en la estima de su padre, igual que de niña, cuando el privilegio de ser la elegida, la que tenía permiso para entrar en esa sala polvorienta de libros de ciencia y guantes blancos y vitrinas de vidrio, le bastaba para pasar por alto el horror de los brillantes alfileres de plata.

Pero, por supuesto, ahora no tenía tiempo de ir. Vaya, con solo pensarlo ya había caído víctima de la distracción. Alice frunció el ceño. El tiempo tenía una extraña manera de deformarse cuando su mente se concentraba sobre algún asunto. Miró el reloj. Eran casi las doce y diez. Faltaban veinte minutos para que el jardinero jefe se retirara a su cobertizo, al igual que todos los días, con un bocadillo de

EL ÚLTIMO ADIÓS

queso y encurtido de verduras y la información sobre carreras de caballos. Era un hombre de costumbres fijas, algo que Alice, por su parte, respetaba.

Olvidándose de la libélula, se apresuró a cruzar el camino y rodeó a hurtadillas el lago. Evitó el patio y a los encargados que barrían cerca del sofisticado artilugio para los fuegos artificiales, y se mantuvo en las sombras hasta llegar al Jardín Hundido. Se sentó en los escalones de la vieja fuente, caldeados por el sol, y dejó la cesta a su lado. Era el mirador perfecto, decidió; el seto de espinos cercano le proporcionaba un refugio ideal, y por los intersticios en la vegetación había una vista excelente del nuevo embarcadero.

Mientras esperaba para sorprender a Ben a solas, Alice vio un par de grajos que volaban juntos por el intenso azul del cielo. Su mirada se posó en la casa donde unos hombres encaramados a escaleras tejían unas enormes coronas de plantas a lo largo de la fachada de ladrillo y un par de criadas se esmeraban colgando delicados farolillos de cordeles bajo los aleros. El sol había encendido la fila superior de vidrieras emplomadas y el hogar familiar, pulido hasta casi darle vida, resplandecía como una vieja dama enjoyada, vestida para su salida anual a la ópera.

Un arrebató de cariño embargó de repente a Alice. Hasta donde le alcanzaba la memoria, había sido consciente de que la casa y los jardines de Loeanneth vivían y respiraban para ella de una manera diferente que para sus hermanas. Si bien Londres era una tentación para Deborah, Alice nunca era tan feliz, tan ella misma, como allí: sentada al borde del arroyo, los pies a merced de la lenta corriente; acostada en la cama antes del amanecer, escuchando a la familia de vencejos que había construido el nido encima de su ventana, o paseando alrededor del lago, con el cuaderno siempre debajo del brazo.

Tenía siete años cuando cayó en la cuenta de que un día crecería y que las personas adultas, en un orden natural

de las cosas, no vivían en casa de sus padres. Sintió que dentro de ella se abría un gran abismo de terror existencial y adquirió la costumbre de grabar su nombre donde y cuando fuera posible: en el duro roble inglés del marco de las ventanas de la salita matinal, en la vaporosa lechada entre las losas de la armería, en el papel pintado Ladrón de Fresas de la entrada, como si esos actos diminutos de algún modo la ataran al lugar de un modo tangible y duradero. Alice se había quedado sin postre todo el verano cuando madre descubrió esta particular expresión de afecto, un castigo que habría aguantado sin protestar salvo por la injusticia de ser descrita como una gamberra insensible. «Creía que tú precisamente tendrías más respeto por la casa», siseó su madre, blanca de ira. «¡Que sea una hija mía quien se comporte con tal desprecio y descuido, quien haga una broma tan cruel y desconsiderada!». Qué humillación había sentido Alice, qué dolor, al oír que la describían de semejante modo, al ver que su apasionada necesidad de poseer quedaba reducida a una mera travesura.

Pero eso ya no importaba ahora. Estiró las piernas, alineó los dedos de los pies y suspiró con profunda satisfacción. Era parte del ayer, agua pasada, una obsesión infantil. La luz del sol estaba por todas partes, un oro reluciente que se reflejaba en las hojas verdes del jardín. Una curruca, oculta entre el follaje de un sauce cercano, cantaba una dulce fanfarria y un par de patos luchaban por un caracol especialmente succulento. La orquesta estaba ensayando un número de baile y la música se derramaba sobre la superficie del lago. ¡Qué suerte disfrutar de un día así! Después de semanas de angustia, de estudiar la aurora, de consultar a Quienes Deberían Saber, por fin había salido el sol y las nubes se habían dispersado, como debe ser en la víspera de la fiesta. La noche iba a ser cálida, la brisa ligera, la fiesta tan cautivadora como siempre.

Alice fue consciente de la magia de la fiesta de verano mucho antes de tener permiso para acudir, cuando Bruen, la

EL ÚLTIMO ADIÓS

vieja niñera, la bajaba a ella y a sus dos hermanas, engalanadas con sus mejores vestidos, y las ponía en fila para presentarlas a los invitados. La fiesta entonces no había hecho más que empezar y los adultos bien vestidos se comportaban con forzado decoro mientras esperaban la caída de la noche; pero después, cuando ya debería haberse dormido, Alice escuchaba cómo la respiración de Bruen se volvía más grave y regular y entonces iba a hurtadillas hasta la ventana del cuarto de los niños y se arrodillaba encima de una silla para ver los farolillos que brillaban como fruta madura, la hoguera que parecía flotar sobre el agua plateada por la luna, ese mundo encantado donde los lugares y las personas eran casi iguales a como los recordaba, pero no del todo.

Y esta noche estaría entre ellos; iba a ser una noche muy especial. Alice sonrió, temblando levemente de la emoción. Miró el reloj, sacó la carpeta que había metido en la cesta y la abrió para revelar su precioso contenido. El manuscrito era una de las dos copias que había escrito con esmero en la Remington, su obra más reciente y la culminación de un año de trabajo. Había una pequeña errata en el título, donde por accidente había dado a la *u* en lugar de la *i*, pero, salvo ese detalle, había quedado impecable. A Ben no le importaría; sería el primero en decirle que era mucho más importante que enviara la copia perfecta al editor Victor Gollancz. Cuando se publicara, regalaría a Ben un ejemplar de la primera edición, incluso se lo firmaría, justo debajo de la dedicatoria.

Adiós, pequeño Bunting. Alice leyó el título entre dientes, disfrutando del ligero escalofrío que le recorrió la columna vertebral. Estaba muy orgullosa de su historia; era la mejor que había escrito y tenía grandes esperanzas depositadas en su publicación. Se trataba de un asesinato misterioso, uno de verdad. Después de estudiar el prefacio de *Los mejores cuentos de detectives*, se había sentado con el cuaderno y escrito una lista de las reglas según el señor Ronald

Knox. Comprendió su error al tratar de conjugar dos géneros dispares, mató a Laura y empezó de nuevo, imaginando, en cambio, una casa de campo, un detective y una mansión llena de sospechosos. El rompecabezas había sido la parte difícil, averiguar cómo ocultar el secreto a los lectores. Fue entonces cuando decidió que necesitaba un oyente, un Watson para su Holmes, por así decirlo. Por fortuna, lo había encontrado. Había encontrado más que eso.

Para B. M., partícipe en el crimen, cómplice en la vida.

Pasó el pulgar sobre la dedicatoria. Una vez que publicaran la novela, todos sabrían lo que había entre los dos, pero a Alice no le importaba. Una parte de ella estaba impaciente. Cuántas veces había estado a punto de contárselo a Deborah, o incluso a Clemmie, de tanto como deseaba oír esas palabras en voz alta, y evitaba hablar con madre, porque Alice sabía que albergaba sospechas. Pero en cierto modo estaba bien que lo descubrieran todo cuando leyeran su primera novela publicada.

Adiós, pequeño Bunting había surgido de las conversaciones con Ben; no habría podido escribirla sin él, y ahora, tras arrancar los pensamientos del aire y plasmarlos en papel, había tomado algo intangible, una mera posibilidad, y lo había convertido en realidad. Alice no podía evitar sentir que al darle su ejemplar estaba haciendo más real esa promesa implícita entre ellos. Las promesas eran importantes en la familia Edevane. Lo habían aprendido de su madre, un adagio que les había inculcado en cuanto aprendieron a hablar: «No hagas nunca una promesa a menos que estés preparada para cumplirla».

Al otro lado del seto de espinos sonaron unas voces y, en un movimiento instintivo, Alice cogió el manuscrito y lo apretó contra ella. Escuchó, alerta, corrió al seto y miró por una pequeña brecha en forma de rombo entre las hojas. Ben ya no estaba en la isla y la barca estaba de vuelta en el muelle, pero Alice descubrió a tres hombres juntos, cerca del montón de leños. Miró a Ben beber de su cantimplora de estaño,

EL ÚLTIMO ADIÓS

la nuez que se movía al tragar, la barba de pocos días en la línea del mentón, los rizos de pelo oscuro que llegaban hasta el cuello de la camisa. El sudor había dejado una mancha húmeda en la camisa y a Alice se le hizo un nudo en la garganta; le encantaba su olor, tan terrestre y real.

El señor Harris recogió su bolsa de herramientas y dio unas órdenes antes de irse, a las que Ben respondió con un asentimiento de la cabeza y la sugerencia de una sonrisa. Alice sonrió con él, contemplando el hoyuelo de la mejilla izquierda, esos hombros poderosos, el antebrazo que relucía bajo el sol ardiente. Bajo la mirada de Alice, Ben se irguió. Un ruido en la distancia le llamó la atención. Alice siguió su mirada, que se alejaba del señor Harris y se posaba en algo más allá de los jardines silvestres.

Visible apenas entre la maraña de lirios y verbena, Alice vislumbró una pequeña figura que se abría camino, tambaleante e intrépida, hacia la casa. Theo. Ver así a su hermanito ensanchó la sonrisa de Alice; la gran sombra negra que se alzaba detrás, sin embargo, la apagó. Ahora comprendía por qué Ben fruncía el ceño; a Alice, Bruen, la niñera, le inspiraba sentimientos parecidos. No le caía simpática en absoluto, pero claro, es difícil encariñarse de las personas con inclinaciones despóticas. Por qué habían despedido a la dulce y bonita Rose era todo un enigma. Era obvio que adoraba a Theo, lo mimaba, y no había nadie a quien no gustara. Incluso habían visto a papá conversar con ella en el jardín, mientras Theo se trastabillaba tras los patos, y papá era muy perspicaz juzgando a los demás.

No obstante, algo había molestado a madre. Dos semanas antes, Alice la había visto discutiendo con Rose, un intercambio de susurros soliviantados frente al cuarto de los niños. El desacuerdo guardaba relación con Theo, pero, para su irritación, Alice estaba demasiado lejos para oír bien lo que se decían. Nadie supo nada más salvo que Rose había desaparecido y Bruen había vuelto de su retiro. Alice había

pensado que no volvería a ver a esa vieja mandona, con su mentón velludo y su frasco de aceite de ricino. De hecho, siempre había sentido cierto orgullo tras oír a la abuela DeShiel comentar que fue ese trasto de Alice quien había conseguido minar la moral de la vieja niñera. Pero ahora aquí estaba, de nuevo, más inaguantable que nunca.

Alice aún estaba lamentando la pérdida de Rose cuando se dio cuenta de que ya no estaba sola a aquel lado del seto. Cuando una ramita se partió tras ella, se irguió de súbito y se dio la vuelta.

—¡Señor Llewellyn! —exclamó Alice al ver la figura encorvada con un caballete bajo el brazo y un gran bloc de dibujo agarrado con torpeza con el otro—. Me ha asustado.

—Lo siento, Alice, querida. Al parecer no soy consciente de mis poderes para moverme con sigilo. Tenía la esperanza de tener una pequeña charla contigo.

—¿Ahora, señor Llewellyn? —A pesar de su cariño por el anciano, Alice trató de contener su impaciencia. No parecía comprender que ya se habían acabado esos días en que ella se sentaba a su lado mientras él dibujaba, en que navegaban aguas abajo en el bote a remo, en que le confesaba todos sus secretos infantiles mientras buscaban hadas. El señor Llewellyn había sido importante para ella, era innegable; fue un preciado amigo cuando era pequeña y un mentor cuando comenzó a escribir. Cuántas veces había ido corriendo a regalarle sus pequeños cuentos infantiles, garabateados en un arrebatado de inspiración, y él había simulado ofrecerle su crítica sincera. Pero ahora, con dieciséis años, tenía otros intereses, había cosas que no podía compartir con él—. Estoy bastante ocupada, como ve.

La mirada del señor Llewellyn se desvió hacia la brecha del seto y Alice sintió que sus mejillas ardían con un calor repentino.

—Estoy supervisando los preparativos para la fiesta —se apresuró a decir y, cuando la sonrisa del señor Llewellyn su-

EL ÚLTIMO ADIÓS

girió que sabía muy bien a quién había estado mirando y por qué, añadió—: He estado recogiendo flores para madre.

El señor Llewellyn echó un vistazo a la cesta tirada en el suelo, las flores ya medio marchitas bajo el calor del mediodía.

—Una tarea a la que debería dedicarme cuanto antes.

—Por supuesto —dijo él con un guiño—, y por lo general ni habría soñado con interrumpirte mientras estás tan atareada. Pero necesito hablar contigo acerca de algo importante.

—Me temo que no dispongo de tiempo.

El señor Llewellyn se mostró excepcionalmente decepcionado y Alice cayó en la cuenta de que en los últimos días parecía desanimado. No abatido exactamente, pero sí distraído y triste. Notó que los botones de su chaleco de satén estaban mal abrochados y el pañuelo que llevaba al cuello estaba deshilachado. Sintió una compasión repentina y señaló con la cabeza el bloc de dibujo en un intento de resarcirle.

—Es muy bueno. —Y lo era. No sabía que hubiera dibujado alguna vez a Theo y la semejanza era asombrosa, la persistente huella de la primera infancia en esas mejillas rellenitas y esos labios plenos, los ojos abiertos y confiados. El querido señor Llewellyn siempre había sido capaz de ver lo mejor en todos ellos—. ¿Nos vemos después del té, quizá? —sugirió Alice con una sonrisa alentadora—. ¿Antes de la fiesta?

El señor Llewellyn recogió su bloc de dibujo, sopesando la propuesta de Alice antes de fruncir levemente el ceño:

—¿Y si nos vemos esta noche delante de la hoguera?

—¿Va a venir? —Qué sorpresa. El señor Llewellyn no era un caballero sociable y tenía por costumbre evitar las multitudes..., sobre todo las multitudes de personas deseosas de conocerlo. Adoraba a madre, pero ni siquiera ella había logrado convencerlo para que asistiera a la fiesta. La valiosísima primera edición de *El umbral mágico de Eleanor* pro-

piedad de madre estaría expuesta, como siempre, y la gente se pelearía por conocer a su creador. Nunca se cansaban de arrodillarse junto al seto y buscar el capitel enterrado de la vieja columna de piedra. «¡Mira, Simeon, lo veo! ¡La argolla de latón del mapa, tal como se dice en el libro!». Cómo iban a saber que el túnel llevaba años sellado para evitar las exploraciones de los invitados curiosos...

En otras circunstancias Alice habría tratado de sonsacar más información, pero una carcajada masculina al otro lado del seto, seguida de un grito amistoso: «¡No se va a caer, Adam! Ve con tu padre y come algo, no hace falta que los levantes todos a la vez», le recordaron su propósito.

— Bueno, entonces esta noche, sí — dijo —. En la fiesta.

— ¿A las once y media, bajo el cenador?

— Sí, sí.

— Es importante, Alice.

— A las once y media — repitió Alice, un poco impaciente —. Allí estaré.

Aun así, el señor Llewellyn no se marchó; parecía pegado al suelo, con esa expresión seria y melancólica y mirándola de hito en hito, casi como si tratara de memorizar sus rasgos.

— ¿Señor Llewellyn?

— ¿Recuerdas esa vez que sacamos el bote en el cumpleaños de Clemmie?

— Sí — dijo —. Sí, fue un día precioso. Una delicia. — Alice se afanó en recoger la cesta del suelo y el señor Llewellyn debió de captar la indirecta, pues, cuando terminó, ya se había ido.

Alice notó una molesta punzada de algo parecido al remordimiento y suspiró con fuerza. Supuso que estar enamorada era lo que provocaba que sintiera de ese modo, esa compasión generalizada por todo el mundo que no fuera ella. Pobre y viejo señor Llewellyn. Antes lo consideraba un mago; ahora solo veía un hombre encorvado y más bien triste,

EL ÚLTIMO ADIÓS

viejo antes de tiempo, constreñido por la indumentaria y las costumbres victorianas que se negaba a abandonar. En su juventud había sufrido una crisis nerviosa (se suponía que era un secreto, pero Alice sabía un montón de cosas que no debería saber). Ocurrió cuando madre era solo una niña y el señor Llewellyn, un gran amigo de Henri deShiel. Había renunciado a su carrera profesional en Londres y fue entonces cuando se le ocurrió *El umbral mágico de Eleanor*.

En cuanto a las causas de su crisis nerviosa, Alice las desconocía. Se le ocurrió, de un modo vago, que debería esforzarse más en averiguarlas, pero no hoy; no era tarea para un día como hoy. Sencillamente no había tiempo para el pasado cuando el futuro estaba justo ahí, esperándola, al otro lado del seto. Otro vistazo confirmó que Ben estaba solo, recogiendo sus cosas, a punto de cruzar el jardín para ir a comer. Alice se olvidó al instante del señor Llewellyn. Alzó el rostro hacia el sol y disfrutó del ardor que se extendía por sus mejillas. Qué alegría ser ella, justo allí, en este preciso momento. No era capaz de imaginar que nadie, en ningún lugar, fuera igual de feliz. Y entonces se dirigió hacia el embarcadero, con el manuscrito en las manos, embriagada por la tentadora sensación de ser ella misma, una joven asomada al precipicio de un futuro brillante.